

CINCO AÑOS DE LIBERTAD

MANUEL VICENT

TAL vez esperábamos demasiado o puede que sea pronto todavía, pero el hecho es éste: llevamos cinco años en libertad y los frutos de la vida no han llegado.

La mediocridad intelectual, artística y moral del país sigue. Esta es una pequeña bacanal de pilas, donde Baco bebe tinto con gaseosa en medio de la capa democrática. Tal vez esperábamos demasiado.

Se nos había dicho que con la llegada de la libertad iba a germinar toda suerte de creación literaria a manera de festín eufórico. Las profecías de los cenáculos no podían ser más optimistas: cuando acabe la dictadura y el pueblo recupere la acción, los poetas saldrán por debajo de las piedras, los filósofos impartirán lecciones en la plaza pública, la literatura será un ineludible alimento de las masas, por doquier florecerán las artes y se instaurará un clima de excitación cerebral, en este reino de la cultura los obreros leerán a Borges en el Metro y los cerilleros formularán agudos comentarios de poesía simbolista.

Llevamos cinco años de libertad, la censura oficial ha muerto, pero la nueva cultura no ha resucitado. El ambiente intelectual del país sigue sin abandonar aquel *rigor mortis*, el polvillo acre de cadaverina de los últimos tiempos. No sabemos qué nos pasa, cuál es ahora la causa de esta mediocridad ambiental, qué se necesita para que la imaginación de los españoles vuelva a dispararse. Lo cierto es que los artistas y escritores de este territorio han vivido una época crítica y excitante, que contenía todo cuanto el sentimiento, el talento, el humor, la imaginación y la estética negra necesitan para alimentarse.

El franquismo inició la bajada al mundo de los espectros hace siete años acompañada por el forcejeo de la calle, dejando un mártir ritual en muchas esquinas, la libertad no la regaló nadie, sino que fue una con-

quista diaria en la furiosa dialéctica contra el aparato represor, sin embargo, el pueblo que llevó a cabo ese combate imaginativo, no ha encontrado un narrador a su altura. Nadie ha escrito nada creativo acerca de aquel desbarajuste. No hay un libro importante, una novela significativa, un relato serio, que no sea coyuntural al filo de un éxito comercial de tres semanas. La muerte misma del dictador, cuya agonía se convirtió día a día en un patético cuadro de Francis Bacon, sólo levantó comentarios de tertulia, chismes, bromas de café, ironías de segunda clase y crónicas apresuradas refundidos de las noticias del periódico. Ningún escritor se elevó entonces sobre la anécdota para convertir en arte aquel caso tan extraordinario.

Cuando la política española había tocado el fondo del cienago y los restos de la dictadura culebreaban como peces negros y los instintos de la sociedad estaban abiertos al miedo y a la esperanza, entre la amenaza del cataclismo, la huida y los presagios de degolladura mutua, los escritores seguían fabricando párrafos mortecinos, los músicos cantaban sin salirse del pentagrama canciones amaneradas de amor, los pintores andaban con un paisaje bajo el brazo en busca de un coleccionista con abrigo de pelo de camello. Ya se sabe que lo nuestro es una cultura de segunda mano, ese pálido reflejo francés pasado por Nueva York, en mitad de un conglomerado de hamburguesa, telefilms, una visión del mundo a través de la United Press, bestsellers prefabricados y música de multinacional. Pero al menos cabía esperar un brochazo de Goya, un esperpento racial que diera carácter propio a la excitación del país. ¿Qué necesita o qué espera la inteligencia española para desmadrarse pánicamente? Nuestra cultura es un bosque petrificado, que no mueve una hoja. Ha habido urnas y elecciones, cambios, parlamentos, lenguas desatadas, nuevas generaciones en la acera, intentos de golpe de Estado, sobresaltos, noches vividas en el filo de la navaja y nadie ha dado

aquí la talla en medio de esta convulsión anímica. No ha sacado la cabeza orgullosa un líder político, un poeta popular, un escritor fiero, un artista sagrado. El signo de los tiempos es la mediocridad.

Esto no es como antes. Incluso entre los militares que son juzgados en el juicio del 23 de Febrero no ha habido uno sólo que haya tenido un golpe de raza a la vieja usanza para asumir en un gesto romántico su destino frente a la Historia. Todos han hurtado el bulto, como los políticos, los escritores, los artistas y los intelectuales en general. Aquí la gente aspira a un buen pasar, a la vida tranquila en babuchas, a una supervivencia ratonera, a una gloria de segunda clase. Es cierto que en estos tiempos se lleva mucho el antihéroe y delante de cualquier fregado o caso de conciencia el oráculo interior aconseja: más vale que digan de aquí huvo que aquí murió. Es la nueva estética.

Las épocas de cambio, es decir, las crisis históricas suelen ser un caldo de cultivo perfecto, el punto exacto de cocción que la imaginación del hombre exige para crear. Así ha sucedido siempre desde los griegos, el renacimiento, la revolución industrial, la convulsión socialista hasta los simples cambios caseros que conmueven la convivencia paisana. Sin llegar a los grandes cataclismos sociales, basta cualquier desbarajuste o ligero movimiento en los sustratos íntimos de la sociedad para que se liberen enseguida los ácidos excitantes propios que engendran la cultura.

Nuestro país tiene ahora todos los requisitos clásicos para que germine una generación literaria entre la juventud libre. O es que tal vez esperábamos demasiado de la libertad. O es que realmente no se ha producido ningún cambio. O es que una extraña maldición llega hasta los hijos de nuestros hijos. O es que estamos muertos debajo de una capa de sal. Pero el hecho es que no hay nada. Esto se ha escrito hace cuatro años. Y sigue siendo válido. Hasta que de pronto se rompa el huevo. ■